

* Revistas improbables

Transformaciones Posibles

Revistas culturales en la
Cali de los años 70 y 80.

Adrián Alzate García
Departamento de Humanidades
Universidad Icesi
Seminario de Historia cultural

*ESFUERZOS DE RENOVACIÓN, CONTEXTOS DE CAMBIO

En marzo de 1986, y luego de casi tres años de su último tiraje, salía al público un nuevo número de la revista literaria *Rosa blindada*. Tras superar dificultades de sostenimiento que habían interrumpido su edición, esta publicación parecía resurgir motivada por la urgencia de defender, con la misma fuerza que antes, el propósito que inspiró su creación a principio de los años 80: renovar el paisaje literario de la ciudad difundiendo una literatura de vanguardia. No se trataba de un objetivo cualquiera. Suponía, ciertamente, un ideal, pero también un esfuerzo reivindicativo y un interés de ruptura. Apuntaba a romper con los remanentes de una larga y ya debilitada tradición regional, defensora de una literatura “legítima” monopolizada por una élite política y cultural. Aspiraba, también, a reclamar la posibilidad de un trabajo autónomo y “alternativo”, pero no por ello menos válido y legítimo. Así lo sugería, con particular todo, el editorial de este nuevo número: “El vanguardismo nunca fue tenido presente por la política bipartidista inculta [...] Hemos querido actuar independientemente de lo que tenga hecho, por hacer o deshacer determinado cacicazgo político clientelista criollo”.

Los reclamos de *Rosa Blindada* no eran llamados de atención aislados. Eran, por el contrario, una muestra más de ese empeño de renovación cultural de la ciudad iniciado algo más de una década atrás, en el que convergían numerosos artistas, académi-

cos e intelectuales locales. Todos ellos parecían compartir un derrotero: modernizar el paisaje artístico y cultural caleño impulsando propuestas independientes y distintas a las tradicionales, que respondieran al arcaísmo de éstas con la novedad y el cambio; a su estrechez temática —limitada en buena parte a las escenas bucólicas y a la nostalgia de la ciudad que para entonces dejaba de ser—, con la variedad de motivos que ofrecía una Cali en proceso de transformación; y a su escaso espíritu crítico —derivado en buena parte de su carácter “oficial”—, con la reflexión constante sobre problemas sociales y políticos. Tales propuestas no eran sino un efecto más de un tardío pero constante proceso de modernización de la ciudad y de sus múltiples impactos sobre los espacios, imaginarios, formas de relación y modos de vida urbanos. A estos cambios habría de sumársele la presencia cada vez mayor de nuevas generaciones en el espacio público, influenciadas por las luchas políticas y sociales de los años 60 y 70, y ansiosas de hacerse a un lugar en la sociedad desde el cual hablar con voz propia.

La convergencia de ambos procesos —experimentada desde mucho antes en Bogotá y Medellín—, impactó decisivamente la vida artística y cultural caleña, pues fijó las condiciones para la emergencia de un amplio con junto de escritores, cineastas, dramaturgos y artistas plásticos independientes. Todos ellos estaban interesados en darse a conocer en un medio donde no podían figurar sino como extraños y “al margen”, así como en ganar para su trabajo el reconocimiento y la legitimidad que los actores e instituciones culturales

otros medios a las muestras de “arte independiente”, a los suplementos culturales de los periódicos de la ciudad y, especialmente, a la producción de publicaciones auto-gestionadas de todo tipo. Esto traería consigo la aparición de un sinnúmero de libros, folletos, pasquines y revistas, muchas de ellas salidas de pequeñas imprentas; editadas, ilustradas y diagramadas por sus mismos autores; financiadas por su propios bolsillos y compuestas generalmente por creaciones propias, de amigos y pares de la ciudad y del país, e incluso de fuera.

* Las revistas culturales y el ideal modernizador



Las revistas culturales fueron quizá las más representativas de estas publicaciones, entre las que se destacaron tanto por su cantidad como por el papel jugado en estos esfuerzos de modernización cultural. Durante los años 70 y 80 vieron la luz más de 60 títulos, dedicados a diversas áreas del arte y la cultura a las que aportaron mucho más que nuevas producciones. Las dotaron, también, de otros contenidos, saberes y discursos —entre ellos los de la lingüística, la semiología, el psicoanálisis y las ciencias sociales— que supusieron distintas renovaciones e innovaciones; ampliaron sus márgenes de producción y circulación, conectando a Cali con otros epicentros artísticos del país, y les aseguraron un público más amplio que el habitualmente conformado por los círculos de creadores y sus allegados.

Estos efectos se sintieron con particular fuerza en áreas como la literatura y la poesía, de la mano de revistas como *La broka* (1983), *Ekúóreo* (1980), *Barcalebrio* (años 80), *Rosa blindada*, *Altazor* (1981) y *Calipoema* (1985), difusoras de las nuevas producciones independientes al igual que de literaturas “no tradicionales” como la del Boom latinoamericano. Estos títulos servirían de vitrina a las primeras producciones de escritores locales como Edgar Ruales, Harold Kremer, Guillermo Bustamante, Fabio Martínez, Eleazar Plaza, Javier Tafur y Horacio Benavides, entre varios más. Otro tanto ocurrió con el cine, gracias a títulos como *Trailer* (1978), *Ojo al cine* (1974) y *Cinemateca La Tertulia* (1977), y a sus intentos de formación de públicos en “nuevas” formas de apreciar y entender el cinematógrafo, promovidos por realizadores como Andrés Caicedo, Carlos Mayolo y Luis Ospina.

Publicaciones como *Click!* (1979) y *Mala compañía* (1980) harían su parte con el cómic y la caricatura, con propuestas “alternas” a las de las habitua-

tradicionales parecían reservar para unos pocos. Eran éstos, en su mayoría, jóvenes universitarios de clases medias, cercanos al marxismo y a la militancia de izquierda, interesados en representar y dar cuenta del cambiante entorno que les rodeaba, con sus personajes, lugares, prácticas, dramas, rupturas y conflictos. Por fuera de los circuitos, espacios y mercados culturales “oficiales”, muchos de estos artistas de lo urbano no tuvieron otra opción que difundir sus creaciones por canales —al menos en parte— alternativos, recurriendo entre

les historietas de la prensa local, impulsadas entre otros por Ricardo Potes, León Octavio Osorno y los hermanos Oscar y José Campo. *Click!*, además, fue la primera revista del país en proponer el estudio del cómic como fenómeno comunicativo. Otro caso especial fue el de los estudios de género, con revistas como *Cuéntame tu vida* (1978) y *La manzana de la discordia* (1981). Impulsadas por académicas y escritoras como Gabriela Castellanos, Yolanda Gutiérrez y Gloria Velasco, estas producciones representaron importantes órganos de reflexión, intercambio y divulgación en torno a un campo apenas naciente en la ciudad.

El auge de este tipo de publicaciones durante la época, así como la importancia de su papel en estos procesos, estuvo garantizado en gran parte por su carácter periódico, tirajes relativamente amplios y facilidades de difusión. Esto les permitió parecer como uno de los medios más propicios para divulgar contenidos, estimular intercambios e integrar el trabajo de los muchos talleres, tertulias y grupos de estudio para entonces existentes. Gracias a estas revistas, universidades, instituciones y centros culturales, cineclubes y colectivos estudiantiles, artísticos e intelectuales pudieron interconectar sus trabajos y asegurarles una difusión respaldada por sus múltiples formas de circulación. Alternativas e informales, pero no por ello menos efectivas, estas formas incluyeron la circulación de mano en mano entre colegas y amigos, a veces vendidas, otras regaladas o simplemente prestadas; la venta o el canje en eventos académicos y políticos, tertulias, cafés y cineclubes; la exhibición en kioscos o librerías —menos frecuente que las anteriores—, y a veces hasta la venta puerta a puerta.

* Salir cuando se pueda. Un camino lleno de obstáculos

La buena acogida de estas revistas dependía, frecuentemente, de una acertada combinación de formas de circulación, sumada a unos contenidos de fácil lectura y a unas ediciones que resultasen atractivas al público. La afortunada convergencia de estos factores aseguró el éxito de títulos como *Ekúóreo* y *Vivencias* (1969), dos de las publicaciones más emblemáticas y duraderas de la época. Ambos, no obstante, fueron casos excepcionales, pues en la mayoría de ocasiones estas publicaciones tenían unas probabilidades de éxito bastante limitadas. Las más de las veces, se trataba de revistas financiadas por sus mismos creadores, incapaces de sostenerlas por más de dos o tres números. La escasez de respaldos institucionales, los costos siempre comprometedores de materiales e impresión, y la remota posibilidad de ofrecer publicidad —eran, ciertamente, productos de poco mercado— dificultaban aún más su continuidad y regularidad.

Estos, sin embargo, no eran los únicos obstáculos que solían presentarse a un proyecto de este tipo. Más allá de los frecuentes inconvenientes financieros, estaba la dificultad de no pocos comités editoriales para mantenerse juntos por más de una edición. La polarización y las divergencias parecían estar a la orden del día, en un contexto de fuertes divisiones políticas —aún entre los sectores de izquierda— y donde el afán de proponer una creación artística “diferente” e “independiente” dificultaba la posibilidad de consenso sobre los caminos a seguir. Así las cosas, era común que en un comité sobrevinieran conflictos personales, tensiones ideológicas, rivalidades por protagonismo o simples dificultades para concertar, circunstancias que en conjunto causaron la rápida desaparición de títulos como *Inventario* (años 80), *Barcalebrío* y *Luciérnaga* (1981). Ya fuera por motivos económicos o por razones como éstas, muchas revistas tuvieron una vida más bien breve así como una periodicidad bastante esporádica —como ocurrió con *Rosa blindada*—, lo que le valió a muchas de ellas el particular adjetivo de “cada-que-puedarios”.

Dificultades como éstas limitaron hasta cierto punto los esfuerzos “modernizantes” de quienes se hallaban tras las publicaciones. En tales circunstancias, era complicado hacer de una revista un proyecto viable, capaz de responder de manera sostenida a la necesidad de difundir nuevas creaciones, visibilizar nuevos artistas y popularizar —o al menos defender— tendencias “no tradicionales”. Estos inconvenientes particulares, no obstante, fueron equilibrados de algún modo por la magnitud de este fenómeno editorial, así como por su constancia a lo largo de ambas décadas. Nuevos títulos ocupaban el lugar de aquellos que desaparecían; propuestas editoriales paralelas llenaban el siempre indeterminado espacio entre los tirajes de algún título; gestores de una publicación poco afortunada podían figurar como colaboradores en otras con mejores condiciones. Los problemas fueron grandes, las amenazas de fracaso permanentes —aunque no menos frecuentes que las oportunidades para comenzar de nuevo—, pero ello no impidió que las revistas, en conjunto, ayudaran a asegurar a sus creadores y afines un espacio de reconocimiento y legitimidad creciente desde el cual mostrarse, debatir y proponer.

EPÍLOGO *

Elementos claves para la transformación artística y cultural de la Cali de entonces, las revistas en cuestión no estuvieron solas ni trabajaron de manera aislada. Mucho menos fueron el único o el más importante medio que tomó parte en este proceso. Ciertamente, estas publica-

ciones jugaron un rol esencial, pero se trata de un papel que reforzó y complementó el desempeñado por otras prácticas, actores y espacios igualmente importantes. Es el caso, entre otros, del cineclub, las tertulias, las universidades, museos y bibliotecas; los festivales de arte y la auto-gestión de publicaciones culturales en general, de las cuales las revistas fueron solo una modalidad entre muchas otras.

Fue la conjunción de estos fenómenos, más que el efecto de alguno en particular, lo que hizo posible la renovación del paisaje cultural caleño, con la irrupción de nuevos actores, apertura a nuevos discursos y tendencias, y consecuente ampliación de los límites de lo tradicionalmente considerado como “cultural” y “artístico”, procesos que no vendrían a madurar propiamente sino hacia la década del 90. Las revistas interesan al contexto cultural tanto por el papel que allí jugaron como por su capacidad para revelar los problemas y complejidades de aquél. Sus limitaciones llaman la atención sobre cómo este no fue un proceso uniforme, planeado y compuesto de actores e impulsos totalmente coordinados, sino más bien uno caracterizado por la heterogeneidad, la simultaneidad, la imprevisibilidad y el conflicto. Esto pudo hacer de las transformaciones mencionadas un fenómeno inacabado, problemático y quizá de modesto despliegue, pero de ninguna manera mediocre o exiguo, tal como lo ilustra lo ocurrido con estas publicaciones.